

“EN MEDIO DE ESTA CRISIS, ¿TIENE SENTIDO EL TRABAJO INTERIOR?”

Lic. María Adela Palcos

En un país que ha perdido la brújula, **¿tiene sentido el trabajo interior?**

Rotundamente sí. Es necesaria una expansión de conciencia que nos conecte con la acallada fuente de vida en nuestro interior. Y descubrir que esa fuente es la misma para el resto de la humanidad; es la misma hasta los confines del Universo.

Hace pocos días, hicimos una convivencia con un grupo de personas en el campo, un grupo de extranjeros y gente del interior que se congregan todos los años en esta época con el solo objeto de hacer un trabajo sobre sí; de re-encontrarse. Nuestro principal maestro fue el bosque.

“Recostada en un árbol, entregada a su firmeza verde y calma, él me enseñó cómo, era uno sólo con aquel otro que había enfrente y con el otro más allá; que eran una sola y misma vida: hijos, padres-madres, abuelos. Tenían troncos diferentes, pero sus copas y sus raíces se tocaban... Y así me sentí; vi que la vida que hay en mí era la misma en mis compañeros, mi familia, en todos los seres humanos. Que nunca más iba a poder enojarme o desconfiar del otro como antes lo hice, porque me veía en todos ellos. Soy parte de todos y ellos son parte de mí”. Así se expresó “E” (una participante) y fue vocera de lo que muchos de nosotros sentimos. Estábamos recordando la brújula. Desde adentro, que así es como se perdió.

Tenemos la convicción de que la crisis no es sólo de nuestro país; es mundial. Una tercera parte de la humanidad muere de hambre, a pesar de que hay un excedente de alimentos de 7 u 8 % a nivel mundial, según la FAO.

Decimos que queremos la paz y acabamos de vivir una tercera guerra mundial en el Golfo Pérsico.

Somos un mundo esquizofrénico.

Decimos amar la vida y se calcula que hay medio quintal de explosivos por cada habitante de este estremecido planeta (con un diezmilésimo de eso volaríamos todos en pedazos).

Somos un mundo paranoico.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?, a este sin-sentido...

¿Cómo salir?

Creo que nuestra enfermedad común es la desconfianza. Hasta tal punto que surge el flagelo del SIDA, una desconfianza, una paranoia que se instala en el seno del amor humano; en la intimidad de la pareja.

Desconfiamos; un país del otro; una provincia de otra; un hermano de otro; porque desconfiamos de nosotros mismos; aunque quizás no nos lo hayamos confesado.

Adoramos falsos ídolos: la riqueza, el poder; porque nos hemos perdido de nuestra riqueza interior y de nuestro poder innato. Hemos sustantivado el poder y la riqueza (que en el fondo es una forma de poder) con lo cual los hemos colocado afuera de nosotros mismos, que somos la vida fluyendo. Somos verbo: acción; no podemos alojar el poder; sí podemos conjugarlo: puedo ganar dinero, puedo comer, puedo construir, puedo sentir, puedo pensar, puedo comunicarme. Y ahí comienza el podemos; podemos comprendernos, amarnos, ayudarnos; podemos compartir, concientizarnos como células del Gran Organismo Universal; movimientos dentro del incesante Fluir Cósmico. Entonces nos sentimos ricos; cuando nos olvidamos de esto nos sentimos pobres aunque tengamos millones de dólares. Curiosamente, en los países “ricos” es donde más suicidios se producen.

“EN MEDIO DE ESTA CRISIS, ¿TIENE SENTIDO EL TRABAJO INTERIOR?”

Lic. María Adela Palcos

Cuando uno se olvida... comienza a buscar la riqueza afuera.

Cuando me olvido de esa riqueza que soy, quiero tener riquezas.

Cuando me olvido de ese potencial que soy, quiero tener riquezas.

Esto nos sucede, pero puede remediarse porque necesitamos remediarlo. Necesitamos vivir de otra manera, vivir con plenitud.

La necesidad mueve montañas.

Y la necesidad concientizada mueve el universo. Crea.

En cada uno de nosotros hay poderosos centros de energía, usinas que constantemente absorben, transforman e irradian. Absorben el alimento que necesitan: conexión, ideas, amor, aire, comida, apoyo...

Irradian, previa transformación, conciencia, imágenes creadoras, palabras, amor, energía vital, fuerza de acción, confianza y firmeza.

No hemos aprendido a conocer estos centros y por lo tanto los vivimos fragmentadamente y muchas veces como contrapuestos. Nos han dicho “ama a tu prójimo como a ti mismo” y a la vez “cuidado con aquél que te puede dar el zarpazo” “sé generoso/a” y también “agarrá todo lo que puedas”. La lista sería larga; cualquiera puede confeccionarla y es un interesante ejercicio para ayudarnos a superar nuestros condicionamientos. Nuestros sentidos y nuestra mente han sido adiestrados de tal manera que no tenemos acceso a la realidad. Y por lo tanto, tememos.

Hemos perdido la noción de que vivimos en un planeta preparado para que todas nuestras necesidades primarias sean solventadas.

Y por lo tanto tememos. El centro bajo, ese ombligo que nos conecta a nuestra madre Tierra es la respuesta a esto. A través de él sentimos la confianza y la seguridad de estar en el lugar exacto y de ser hijos bienamados.

Hemos perdido la noción de ser parte integral del Cosmos y de ser su co-creadores. Por ende nos sentimos huérfanos, víctimas o indefensos, a merced de no se sabe qué fuerzas malignas.

El centro coronario, en lo alto de la cabeza es el ombligo que nos une al cosmos; a través de él nos alimentamos de infinito y a la vez trascendemos hacia infinitas realidades.

Nos sabemos seres sagrados.

Me voy a referir solamente a un centro más, a pesar de que tradicionalmente se habla de Siete Centros Mayores (según mis últimas percepciones, como los 3 Mosqueteros, que eran 4, los 7 Centros son 9). Para no alargar innecesariamente estas líneas y también porque tengo la convicción de que en este momento crítico que estamos viviendo, estos son los tres centros más olvidados: el bajo, el coronario y el cardíaco; esa inteligencia del corazón que tantas veces acallamos porque hemos aprendido la cultura de la “conveniencia”. Y parecería que lo que me conviene está reñido con el corazón; ya que el corazón necesita dar; dar amor, darse. Cuando miro desde mi centro vegetativo, desde mi instinto de supervivencia, resulta incomprensible; este centro dice: necesito ingerir, necesito que me den alimento; necesito darme.

Esta aparente contradicción que se produce en nuestra naturaleza humana, crea conflictos, sentimientos de culpa, sentimientos de inadecuación. Y entonces el centro intelectual acude para tratar de resolver el conflicto entre egoísmo y generosidad, individualismo y fraternidad. Se enreda, se hace una interferencia de centros que convierte al intelecto en astucia, por su complicidad con el instinto.

“EN MEDIO DE ESTA CRISIS, ¿TIENE SENTIDO EL TRABAJO INTERIOR?”

Lic. María Adela Palcos

Si comprendemos la naturaleza de los centros y la legitimidad de sus necesidades, podemos pasar de la idea de conveniencia a la idea de necesidad; ya que hay un centro, el de la contemplación, a la altura de la hipófisis, que como esta glándula, tiene capacidad de armonizar las diversas necesidades que nos mueven y ver que cada parte reciba lo suyo. Es el principio de la democracia interior; donde comienza toda posibilidad de democracia.

Este centro es la repuesta a esa carencia afectiva, que creo que es el signo distintivo de nuestra humanidad presente. En general no nos sentimos amados y esto a algunos se les traduce en depresión; a otros en violencia; y a todos en algún tipo de enfermedad que nos torna antisociales, aunque seamos muy bien educados.

El centro del corazón se alimenta de dar. Cuando logramos tomar contacto con esta verdad y sentir su poderosa energía de calor-amor, perdemos el miedo. Comenzamos a sentir que no hay bienestar sin el bienestar del otro; que estando unidos a través de este cordón umbilical con el resto del género humano (el centro cardíaco) nuestra suerte es compartida; surge el amor; la solidaridad es sólo una consecuencia; ahí nacería la idea del bien común como una verdad incuestionable; la política como forma de realizar esta verdad.

Y entonces la crisis se convierte en una oportunidad de crecimiento. De pronto, con esta sencilla herramienta de conocer y usar concientemente nuestros centros energéticos podemos transformarnos y transformar la vida en el planeta, que tanta falta hace...

Vivir como esos seres radiantes que somos. Y esto no es utopía. Es el sentido de nuestra vida en la Tierra.